

## Natalidad y nacionalidad: efectos de las tasas de natalidad de poblaciones inmigrantes

Díez Nicolás, Juan: *Natalidad y Nacionalidad: Efectos de las tasas de Natalidad de Poblaciones Inmigrantes*, en Ed. Ministerio de la Presidencia y Universidad Internacional Menéndez Pelayo, *La Natalidad en España Situación y Estrategias Económicas*, Madrid: Ministerio de la Presidencia y Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 2003

Juan Díez NICOLÁS  
*Catedrático de Sociología  
de la Universidad Complutense de Madrid*

**Buenos días. Iniciamos la sesión de esta mañana y, en primer lugar, quiero dar las gracias a la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, al Ministerio de la Presidencia, que ha patrocinado este coloquio, y de manera muy especial, a mi amigo, colega y condiscípulo —aunque con bastantes años de diferencia por mi parte—, tanto en el Ramiro de Maeztu, como en el rectorado de la UNED, Jaime Montalvo, actual Presidente del Consejo Económico y Social, con quien es inútil decir que me une una gran amistad, y al que agradezco que se haya acordado de mí para invitarme a estos coloquios sobre natalidad.**

Expresados estos agradecimientos, que no son rituales sino sentidos, les quiero anunciar que al ser ésta la única mesa redonda que se va a celebrar esta mañana, tenemos tiempo para desarrollar en profundidad los temas previstos. Sin embargo, procuraremos que la sesión no se extienda en exceso, de manera que se pueda dar un paseo antes de comer, acudir a la playa o ir a la conferencia de Charles Powell, que, sin duda alguna, será muy interesante.

Esta mañana contamos con tres expertos para hablar de natalidad e inmigración, aunque me imagino que, como en anteriores sesiones, se podrá hablar también de algunas otras cuestiones. Los tres son expertos, sobre todo, en el tema de inmigración y, en algunos casos, también de fecundidad. Voy a presentarles por el orden de intervención, aunque ya adelanto que, tomando nota de mi buen amigo y tocayo Juan Velarde, procuraré hacer una introducción, no muy larga, para aprovechar mi papel de moderador. Realmente, venir de moderador a una mesa en temas de natalidad le despierta a uno las ganas de decir muchas cosas. Pero procuraré ser breve.

En primer lugar, tenemos a María Elósegui que es Doctora en Derecho y en Filosofía y Máster en Ética por la Universidad de Glasgow y Máster en Derecho por la Universidad de San Luis de Bruselas. Actualmente, es Profesora titular de

Filosofía del Derecho en la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza. Es especialista en temas de igualdad y multiculturalismo y ha trabajado en temas de igualdad entre los sexos. Investigadora Humboldt en la Fundación del mismo nombre. Ha sido Profesora visitante en las universidades americanas de Chicago, en USA, y de Toronto, en Canadá. Y ha participado como experta en cuestiones de género, de sexo (con la palabra género me sucede lo que a mi colega Luis González Seara, creo que es un extranjerismo importado, pero si ella utiliza la palabra género, pues lo acepto) en las Conferencias de la ONU, desde Pekín hasta la celebrada en Nueva York.

Antonio Izquierdo Escribano es uno de esos alumnos que han llegado a ser superiores al maestro y, sobre todo, en este tema de inmigración, en el que es una auténtica autoridad. Yo creo que fue de los primeros en trabajar en el tema de la inmigración a España, sobre todo desde el punto de vista estadístico. Doctor en Sociología por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense y, a parte de otros títulos, ha sido Diplomado en la Universidad de Grenoble, concretamente en Matemáticas e Informática de las Ciencias Sociales. Es Catedrático de Sociología en la Universidad de La Coruña y ha sido, y es todavía, asesor en materia de inmigración y de población en el Grupo Parlamentario Interamericano sobre Población y Desarrollo de las Naciones Unidas. Sus publicaciones en el ámbito de las migraciones son muy conocidas. Consultor de la OCDE, algo que me consta porque he leído varios de sus informes y, además, es Académico correspondiente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Y respecto a Mikel Azurmendi, a parte de conocernos desde hace algún tiempo, me une el cordón umbilical de haber sido sucedido por él como presidente del Foro para la Integración Social de los Inmigrantes. Debo decir que no pude entregarle el testigo como habría sido mi deseo porque, cuando fue nombrado, estaba yo en Sudáfrica y, por lo tanto, no hubo ocasión. Pero seguro que todos le conocen. Es Profesor titular de Antropología Social en la Universidad del País Vasco. A parte de otros títulos en España tiene también la licenciatura en Filosofía de La Sorbona. Y, actualmente como he dicho, Presidente del Foro para la Integración Social de los Inmigrantes desde noviembre de 2001. Ha sido también «Visiting Profesor» en Cornell University, la prestigiosa Universidad de Ithaca, en Nueva York. A parte de eso, tiene publicados, entre otros libros, uno que seguro que habrán leído o del que habrán oído hablar, que es el libro sobre la inmigración y sobre los conflictos en El Ejido, que tuvieron lugar a finales de 1999.

Como ven, el coloquio promete ser muy interesante y yo, simplemente, querría centrar un poco el tema.

Lo primero de todo es preguntarme, y formularles a ustedes una pregunta. Llevamos ya un día discutiendo sobre estos temas y hay una pregunta a la que no hemos contestado: ¿por qué creemos que debe aumentar la natalidad?; más concretamente, ¿por qué creemos que es bueno que aumente la natalidad?; o ¿por qué pensamos que es bueno que haya crecimiento positivo de la población? Y yo creo que esas preguntas no son preguntas banales. Realmente, el problema demográfico, a escala mundial, es el de exceso de población. Y no soy nada malthusiano. La población ha crecido aceleradamente, sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial. Todavía en 1950 la población del mundo eran de dos mil millones de habitantes. En estos momentos, estamos en los seis mil quinientos; es decir, en alrededor de unos cincuenta años la población del mundo se ha triplicado, aunque es cierto que la tasa de crecimiento ha bajado de un 2 por 100 anual, a un 1,6 por 100. Pero es que una tasa de crecimiento del 2 por 100 significa duplicar la población cada 35 años; una tasa de crecimiento del 1 por 100 significa duplicarla cada 70 años y, como estamos en el 1,6 por 100, esto supone duplicar la población más o menos alrededor de cada 50 años.

Entonces, si este ritmo de crecimiento continuase, pasaríamos de seis mil a doce mil millones en ese corto período de tiempo. Sin necesidad de sugerir situaciones de catastrofismo ni nada de esto, como ya se dijo hace mucho tiempo, además de los posibles límites económicos al crecimiento están los límites sociales al crecimiento; es decir, los problemas de desorganización social que plantea un excesivo ritmo de crecimiento, a parte de las implicaciones económicas que tiene para muchos países que están creciendo al 2,5 por 100 y al 3 por 100, sobre todo en África. Por lo tanto, la primera cuestión es, realmente, la de por qué nos preocupamos tanto si lo que se ha hecho ha sido aumentar de una manera extraordinaria la esperanza de vida, como ayer se dijo. Posiblemente, el reemplazo no es tan necesario, por lo menos con la velocidad que se ha venido realizando.

Es curioso que incluso en España, país en el que durante todo el régimen anterior se hablaba como una meta gloriosa del Imperio de llegar a los cuarenta millones de habitantes, de repente se haya recuperado ese discurso. ¿Por qué ese empeño en pasar de los cuarenta millones? Parece como si nos jugáramos algo por superar los cuarenta millones de habitantes. Quiero decir que, como hecho descriptivo, está muy bien, pero no veo que eso sea algo de lo que nos tengamos que enorgullecer, pues ya pasó el tiempo en que se pensaba que más población significaba más poder. Por lo tanto, no entiendo las ansias por crecer demográficamente.

Más bien, lo que sucede es que, de 1991 a 2001 (como ayer se decía) la población española ha aumentado en dos millones de habitantes. Justamente el

año 91 es el primer año en que España tiene un saldo migratorio positivo, quiero decir, recibimos más personas de las que se fueron. Parece claro, por tanto, que lo que se ha producido en ese decenio es un crecimiento migratorio. Yo creo que aquí se han estado confundiendo dos conceptos: el crecimiento de la población y la posible contribución de la fecundidad de los inmigrantes a ese crecimiento, que son dos cuestiones distintas. Ese crecimiento de la población de dos millones no es que sean los niños que han nacido de los inmigrantes; son los propios inmigrantes. Que hayan tenido luego niños, o no, es otra cuestión.

Además, hay también problemas de recuento. Con independencia de que los recuentos del censo estén mejor o peor hechos (soy un habitual usuario de los datos censales y pienso que, en general, son buenos, y que la estadística española es buena; pues aunque ninguna es perfecta ni tiene una cobertura del cien por cien, los datos del Instituto Nacional de Estadística han sido siempre bastante fiables), lo que ocurre es que a los inmigrantes se les cuenta no solo a través del censo, sino también a través de otros recuentos que se hacen desde otras instancias, como el Ministerio del Interior (como Mikel y Antonio Izquierdo saben probablemente muy bien). Estos recuentos incluyen principalmente a los inmigrantes legales, porque contar ilegales es muy difícil, ya que no se dejan contar. Por lo tanto, lo que ha habido en este último año y medio han sido dos procesos de regularización y otros, más o menos encubiertos, de manera que hemos estado en un proceso de regularización prácticamente continuo, que a diferencia de otros procesos de regularización anteriores, han hecho aflorar personas que ya estaban antes, pero que no estaban contabilizadas y ahora sí lo están. Entonces, parte del crecimiento observado son inmigrantes que antes no estaban contabilizados y ahora sí lo están.

El tema de los inmigrantes, además, se complica porque, para empezar, lo que no tenemos muy claro es la diferencia entre extranjero e inmigrante. Normalmente, cuando pensamos en inmigrantes, pensamos en desarrapados que vienen poco menos que mendigando, en pateras, etc. Pero inmigrantes son todos los extranjeros residentes en España. A nadie se le ocurre pensar que un francés, director general de «Carrefour», sea un inmigrante y, sin embargo, lo es. A nadie se le ocurre que un alemán director general de «Siemens» en España sea un inmigrante, pero lo es. Todas esas personas no se contabilizan como inmigrantes y también tienen hijos, pero no parece que nos preocupen. Estoy, simplemente, planteando cuestiones para el debate.

A parte de eso, y algunos de los presentes en esta mesa ya me lo han oído decir en alguna ocasión, en el afán de explicar el descenso de la fecundidad en España, caemos muchas veces en algunas falacias. Una de las más repetidas es

la de que «tiene que subir la fecundidad en España porque ha estado mucho tiempo baja». Pues sí, es evidente que era difícil que la fecundidad disminuyera aún más, por debajo del 1,12 por 100 y, por lo tanto, si no puede disminuir, lo normal es o seguir igual o que repunte un poco. Pero añadir, «como ha pasado en los países escandinavos», es una falacia; no hay más que mirar los datos. Concretamente el ejemplo que se suele poner es Noruega. Este país en el año 80 tuvo un incremento de su fecundidad porque hubo una legislación especial para las personas que se casaban y, entonces, hubo muchas parejas de hecho que decidieron casarse porque había beneficios. Pero, a partir de ese año, la tasa de fecundidad en Noruega no ha hecho sino descender, por lo menos hasta el año 99 o 2000; desconozco si los datos del 2001 me llevarán la contraria, pero hasta el 2000 los datos demuestran que la tasa de fecundidad ha estado descendiendo continuamente en Noruega. Y lo mismo en los demás países escandinavos. Vuelvo a decir que no he visto los últimos datos, que algunos han mencionado ayer, relativos al 2002, pues siempre utilizo los del Comité Europeo de Población del Consejo de Europa, precisamente porque abarcan más países que simplemente los 15 de la UE, y, desde luego, la tasa de fecundidad de los países escandinavos ha estado descendiendo desde los años 80. Hubo un repunte en los 80, pero la gente sigue repitiendo lo del repunte y ese repunte fue muy coyuntural, pues desde entonces la tendencia ha sido inequívocamente de reducción de la fecundidad.

Otra falacia es afirmar que, para resolver el problema de las pensiones, hay que aumentar la natalidad. Yo siempre contesto que aunque aumente la natalidad, habría que esperar 25 o 30 años a que esos nacidos lleguen a la edad de tener un empleo y coticen a la Seguridad Social, por lo que «para largo me lo fiáis». Es decir, esa no puede ser la solución.

Pero, además, en el tema de aumentar la natalidad para cambiar la pirámide de población se comete otro error. Los que trabajan en análisis demográfico saben que una vez que uno incrementa la base para cambiar la forma de la pirámide, tiene que seguir aumentando de manera continua. Puesto que, cada cohorte pasa al año siguiente, si se quiere que siempre haya más población en la cohorte siguiente, la tasa de fecundidad tiene que seguir aumentando para asegurar que cada nueva cohorte sea más numerosa que la anterior, porque en caso contrario habrá envejecimiento debido al menor ingreso por la base. Es una cuestión simplemente de ver las cosas en el tiempo y no verlas en un momento transversal.

También hay que tener en cuenta que la esperanza de vida va a seguir aumentando, pero no tanto como en las últimas décadas, salvo que haya descubrimien-

tos importantes en el campo de la medicina. El techo de la vida humana sigue estando en los cien años, más o menos. Lo que ocurre es que si a principios del siglo XX sólo 5 o 6 de cada 100 nacidos llegaba a los 65 años, ahora llegan alrededor de 70 de cada 100. Es decir, lo que aumenta es la proporción que llega cerca del techo de la vida humana, mientras que antes llegaba una proporción insignificante.

En todo caso, creo que otro problema con el que nos enfrentamos cuando se proponen explicaciones sobre la fecundidad es la confusión entre las unidades de análisis que se utilizan. Muchos trabajos lo que hacen es tomar como comparación unidades territoriales, sean Países, sean Comunidades Autónomas o Provincias. Y, en otros casos, estamos hablando de individuos como unidades de análisis. Y eso produce distorsiones de interpretación porque, muchas veces, lo que funciona a un nivel no funciona a otro; voy a poner dos ejemplos. Si uno toma «relación entre renta y fecundidad» y lo compara por países, se encuentra con algunos países con alto poder económico, alta renta per cápita, como los países árabes productores de petróleo que, sin embargo, tienen una muy alta fecundidad. Y otros países con alta renta per cápita, como puedan ser algunos de los occidentales desarrollados en Europa, que tienen muy baja fecundidad. Entonces, la relación no parece muy clara. De la misma manera, hay otros países con baja renta per cápita, como los africanos subsaharianos que tienen, sin embargo, unas tasas de fecundidad muy altas. Por lo tanto, no parece que exista una relación muy grande entre nivel de renta y fecundidad cuanto se toman países como unidades de análisis.

Sin embargo, cuando se hace ese análisis a nivel individual, es relativamente fácil encontrar, según el periodo al que nos refiramos, que unas veces a mayor renta mayor fecundidad y, en otros casos, es al revés. ¿Qué ha sucedido? Que también esta relación es históricamente cambiante. Y en la propia España, desde los estudios de Ros Jimeno hasta hoy en día, se puede ver que ha sido una relación cambiante, según el momento de la transición demográfica que se examine. Por ejemplo, en la situación preindustrial, los de mayor renta per cápita tenían más hijos por su mayor capacidad de alimentación, de acceso a la sanidad, etc. (se les morían menos niños y se perdían menos embarazos) y, por lo tanto, había una relación directa, positiva, entre renta y fecundidad; los de más capacidad económica tenían más hijos. Sin embargo, cuando se produce la industrialización, las clases que tienen la fecundidad más baja son las medias y bajas. Y, sin embargo, en el momento de la posindustrialización, o en la última fase de la industrialización, esto cambia y son los de clases medias y bajas los que tienen más hijos y hay una relación inversa; no ya curvilínea, sino inversa. Y ahora nos

podemos encontrar, como ayer han dicho algunos de los participantes, que se vuelve a una situación en la que los de rentas más altas demuestran su mayor poder económico teniendo más hijos. Por lo tanto, la relación entre nivel de renta y fecundidad es una relación cambiante también a nivel individual, y muy distinta según el momento histórico al que nos estemos refiriendo.

Lo mismo podríamos decir, y no voy a extenderme, en relación con el paro. O en relación con el empleo femenino. Si el empleo femenino fuera la causa de la baja natalidad, entonces España tendría que tener la natalidad más alta de Europa porque es el país con la menor participación de la población femenina en la población activa. Y, en cambio, los países escandinavos tendrían que tener la fecundidad más baja. Por lo tanto, algún parámetro es incorrecto en ese análisis. Incluso los datos de la Encuesta de Población Activa demuestran que a igualdad de edad, es decir, comparando mujeres del mismo grupo de edad, las mujeres que tienen empleo tienen una fecundidad más alta que las que no tienen empleo. Lo cual tampoco es tan raro porque, precisamente por una legislación española que creo que es bastante favorable a la mujer, aunque todavía puede mejorar, cuando la mujer tiene seguridad en el empleo, ha ganado una plaza como funcionaria o tiene ya un contrato más o menos estable en una empresa, se dice: «ahora es cuando estoy amparada por la legislación para poder tener un hijo y poder tener unos meses de baja con sueldo antes o después del nacimiento, etc.». Y, en cambio, cuando está buscando empleo la situación es más inestable. La hipótesis que funciona es que son las expectativas, más que otra cosa, lo que influye a la hora de decidir tener un hijo. Pero esto ya se descubrió en los años 60: eran las expectativas de movilidad social y no la capacidad de renta lo que realmente hacía que la gente tuviera menos hijos. Las personas con altas expectativas de movilidad eran las que procuraban reducir su fecundidad, y esto está en las investigaciones de Ronald Freedman sobre la natalidad en las grandes metrópolis norteamericanas de los años 60.

Se podría decir lo mismo con respecto a la religión. Tomando a los países como unidades de análisis, resulta que algunos países como España e Italia, en los que el 90 por 100 de la población se declara católica, tienen sin embargo la fecundidad más baja de Europa. Pero cuando se examina la relación a nivel individual, las personas más practicantes son las que tienen más hijos. Luego hay que tener mucho cuidado con ciertas conclusiones de algunos estudios.

En el fondo, muchas de las cuestiones de debate provienen de que no se manejan las técnicas estadísticas adecuadas. Yo comprendo que no es cuestión de que todo el mundo tenga que estar al tanto de todas las técnicas pero, a nivel académico universitario y de investigación, sí hay que tenerlas en cuenta. Hay

técnicas mejores que las de comparar promedios o simplemente calcular correlaciones. En los años 60 tuvo una gran influencia un libro de un profesor latinoamericano, De Castro, un libro que alguno, a lo mejor, habrá leído, llamado «La Geografía del Hambre», en donde demostraba la enorme correlación negativa que había entre el consumo de proteínas y la tasa de fecundidad: cuanto mayor era el consumo de proteínas en un país, menor era su fecundidad. Y entonces decía que lo que había que hacer era menos control de la natalidad, que venía del imperialismo «yanqui», y más consumo de proteínas. Pero yo no me imaginaba a las parejas yendo al ginecólogo para decir: «queríamos demostrar el tener un hijo», y que el médico les dijera: «pues nada, nada, tomen ustedes un buen solomillo para cenar todos los días o una buena merluza». Pero existía esa correlación, como la podía haber con el número de televisores por habitante, porque el consumo de proteínas era un indicador de desarrollo y el desarrollo implicaba cambio de valores. Y ahí es adonde quiero llegar: al cambio de valores.

Algunos utilizan las correlaciones creyendo que el hecho de que dos fenómenos varíen juntos necesariamente significa que co-varían, es decir, que uno sea causa del otro. Y muchas veces estamos utilizando argumentos falaces de manera continua. Realmente, en estos momentos, creo que las Ciencias Sociales disponen de modelos explicativos bastante fáciles de utilizar, como el análisis de la regresión. Ocurre con los países igual que ocurre con las Comunidades Autónomas en España. Estoy harto de oír que la Comunidad Autónoma es una variable con poder explicativo. Cuando se controlan otras variables individuales como el nivel educativo, el nivel de renta, etc., las diferencias entre Comunidades Autónomas desaparecen, porque lo que hay es diferencias estructurales en la composición de su población. Y esto ocurre también cuando se comparan países. Muchas de las diferencias no son tales, pues son diferencias que se deben a las características de la población. Hoy en día, el análisis de regresión permite explicarlo con toda facilidad, pues se pueden incluir en el modelo simultáneamente propiedades del país o de la comunidad con propiedades del individuo, porque son técnicas de análisis de múltiples niveles, donde es fácil aislar cuál es el efecto que provocan unas variables y otras. Pero, por desgracia, normalmente, no se ven este tipo de estudios.

Concretamente, en el caso de la fecundidad tengo calculados algunos modelos, todavía no publicados, en donde se ve que muchas de las diferencias aparentes entre Comunidades Autónomas desaparecen en cuanto se introducen las cuatro o cinco variables importantes, como los ingresos, el nivel educativo de la población, etc. En estos modelos se pueden incluir simultáneamente variables

individuales, es decir, «variables micro» y variables estructurales o «variables macro», que son aquellas que tienen que ver con toda una colectividad.

Se ha hablado también del tema de las encuestas y de cómo ahora las mujeres españolas desearían tener más hijos de los que tienen. Esto también es preciso explicarlo. En los años 60 sucedía todo lo contrario. Cuando se preguntaba a las mujeres: «¿cuántos hijos desearía usted tener y cuántos hijos espera usted tener?», el número de los hijos esperados era siempre superior al de los deseados. La explicación era enormemente simple, no había apenas ni acceso ni conocimiento de los métodos de control de natalidad. Por lo tanto, una mujer querría tener tres hijos pero decía que seguramente acabaría teniendo seis porque ya contaba con los errores de «ogino», etc. Entonces, las expectativas estaban por encima de los deseos.

Hoy ocurre todo lo contrario y hay que buscar la explicación sociológica, y no simplemente quedarse con el dato de «dicen que quieren tener más hijos de los que tienen». Porque, ¿por qué se produce eso? Porque, en el fondo, lo que hay es una «mala conciencia», por pensar que uno debería tener más hijos. Es decir, la pauta social parece que nos lleva a decir que uno debería querer tener hijos y, si dice que no, puede quedar mal delante del entrevistador. Entonces lo que se dice es: «no, a mí me gustaría tener tres o cuatro hijos pero creo que solamente voy a tener dos»; porque en el fondo, eso es lo que va a intentar tener, dos. Y cuando se pregunta: «y ¿por qué no espera tener los que desea?», se buscan explicaciones que a uno le dejen bien: «Pues, por causas económicas», que es la razón más sencilla; la «culpa» es de otros —y digo culpa entre comillas porque yo no creo que haya culpa como ya he explicado al principio—. Creo que el problema del mundo no es precisamente el de que haya que crecer sino, posiblemente, el de que haya que «no-crecer» y que hay que acomodarse a lo que es una población relativamente estable; es decir, en lugar de pirámide, un rectángulo en el que las cohortes van a ser prácticamente idénticas en número de personas cada año, y van a llegar, más o menos, sin pérdidas por natalidad, hasta cerca de los cien años.

Para terminar ya con estas reflexiones, pienso que la causa principal de por qué ha disminuido la fecundidad, y lo digo no solamente como una opinión, pues tengo datos publicados, es que la causa del descenso de la fecundidad es el cambio de valores, y no veo por qué queremos esconder que eso es lo que ha ocurrido. Ha habido un cambio en la escala de valores como está absolutamente demostrado en múltiples estudios, no solamente en España sino en todos los países. Ha habido un cambio de valores que hace que, en otros momentos, el tener hijos fuera valorado positivamente y, en este momento, el tener hijos no está tan

valorado. Y yo no juzgo a nadie, nunca lo he hecho, y nunca he querido mezclar investigación con ideología; sencillamente trato de reconocer la realidad. Cuando uno habla de verdad con las personas, lo que realmente transmiten es que uno piensa que los hijos son una carga, y luego vienen las explicaciones: «pues es que claro, ahora no hay las ayudas que había de las abuelas y los abuelos como había antes», «es que ahora ya no hay tanta facilidad para el servicio doméstico», «es que ahora la mujer trabaja fuera del hogar»...

Y eso son opciones personales que conllevan unas consecuencias. No podemos querer unas cosas y no querer sus consecuencias, pues las consecuencias son las que son. A mí no me escandaliza, todo lo contrario, me parece muy bien, que alguien diga: «yo quiero tener solamente un hijo para poder darle una buena educación, para poder darle mi tiempo». Pues muy bien, si esas son las razones. Pero, ¿por qué buscar otras explicaciones si esas son las auténticas razones? Y es que la razón es, fundamentalmente, que no se quieren tener más hijos; eso es lo que sucede. No son otras cuestiones; no es la dificultad de acceder a una vivienda. Porque parece como si en los años 60 a los jóvenes que se casaban les regalaban la vivienda. Hoy en día hay más familias que compran ahora la vivienda a sus hijos que en los años 60. Y eso es evidente en todas las clases sociales; no hay más que mirar los datos y ver la realidad. Hay más facilidades y más expectativas de movilidad. Por lo tanto, todas esas comparaciones enmascaran la realidad profunda, que es el cambio de valores.

Cabe preguntarse: «pero ¿por qué países como España e Italia, precisamente los que tenían más alta fecundidad, los más católicos, ahora son los de menos fecundidad?» Pues justamente por esto que estoy diciendo, porque somos los países que hemos llegado más tarde al consumo de masas y, por tanto, en este momento estamos todavía en la cresta de la ola. En los estudios de valores comparados se observa que en España predomina todavía la orientación materialista sobre la posmaterialista, frente a lo que ocurre en otros países del Norte y Centro de Europa. Y lo mismo ocurre, curiosamente, en Italia. Pero tenemos, incluso, un mayor grado de materialismo que algunos países menos desarrollados que nosotros. Y esto no es una golondrina que hace verano; no es un estudio, son varios estudios realizados en el 90, 95 y en el 2000, y otros, realizados por el Estudio Europeo de Valores. Es decir, todavía el «poderoso caballero don dinero» tiene una importancia muy grande en España y la gente actúa en consonancia con esos valores.

Volviendo al tema de esta mesa, fecundidad e inmigración, y para ir finalizando, quiero insistir en que no debemos confundir el incremento que producen los propios inmigrantes por su número, con el de la fecundidad adicional que produ-

cen. Como ayer dijo el Profesor Puyol, cuando uno ve cuál es la contribución que hacen a la fecundidad española, se constata que es muy pequeña. Que es positiva, claro, todo suma, «un grano no hace granero pero ayuda a su compañero», es mi lema de toda la vida. Pero tampoco confiemos en que eso va a ser lo que va a resolver el actual déficit de fecundidad en España. Los extranjeros representan en estos momentos entre el dos y el dos y medio por ciento de la población española y su contribución, por tanto, a la fecundidad en España es muy pequeña. Es decir, ni todos son mujeres, porque aproximadamente hay mitad hombres y mitad mujeres, ni todas las mujeres están en edad de procrear y, además, no todas las mujeres que están en edad de procrear están procreando. Todo lo contrario.

Precisamente, sobre la base de unas encuestas a inmigrantes en España he podido comprobar que, al comparar sus valores con los de sus compatriotas en sus países de origen y los de la sociedad española resulta que los inmigrantes, en toda una serie de preguntas, incluidas las de religiosidad, están más cerca de los valores de los españoles que de los de sus países de origen. Y esto es un hecho perfectamente verificable con estos datos. En otras palabras, parece haber evidencia de que los inmigrantes se adaptan, incluso con cierta rapidez, a la sociedad española.

Perdón por haberme extendido. Y, sin más, cedo la palabra a Antonio Izquierdo.